

que bastaba con la pintura de los afectos privados, para cautivar el entendimiento y voluntad del hombre; que la ilustracion de los personajes, la importancia de los intereses, y lo fabuloso de los sucesos, no eran necesarios para robar la imaginacion; y que habia en la facultad de amar con que renovar incesantemente las pinturas y situaciones, sin cansar nunca la curiosidad. Los Ingleses finalmente formaron de las novelas unas obras de moral, en que las virtudes y suertes humildes pueden hallar motivos de exaltacion, y crearse una especie de heroismo.

Reina en estos escritos una sensibilidad segada y arrogante, enérgica y cordial. En ninguna parte se conoce mejor el hechizo de aquel amor protector, que, dispensando al ser débil de velar sobre su propia suerte, reconcentra todos sus deseos en el aprecio y afecto de su defensor.

CAPITULO XVI.

De la Elocuencia y Filosofia de los Ingleses.

HAY tres épocas muy distintas en la situacion política de los Ingleses: los tiempos anteriores á su revolucion, su revolucion misma, y la constitucion, que ellos poseen desde el año de 1688. El carácter de la literatura varió necesariamente segun estas diversas circunstancias. Antes de la revolucion, no se nota en filosofia mas que un solo hombre, el Canciller Bacon. La teologia absorve enteramente los años mismos de la revolucion. Casi únicamente la poesia ocupó los espíritus en el voluptuoso y tiránico reinado de Carlos II; y solo desde el año de 1688, desde que una constitucion estable proporcionó la

paz y libertad á la Inglaterra, pueden observarse con puntualidad los constantes efectos de un órden durable de cosas.

Los escritos de Bacon caracterizan mas bien su ingenio que su siglo. Se abalanzó sobre todas las ciencias; unas veces obscuro, frecuentemente escolástico, tuvo sin embargo ideas nuevas sobre todas las materias, pero no pudo completar ninguna. El hombre de ingenio da algunos pasos en sendas desconocidas; pero se necesita nada ménos que la fuerza comun y reunida de las edades y naciones para abrir los grandes caminos.

Las controversias de religion hubieran podido sumergir de nuevo la Inglaterra, en el siglo décimo séptimo, en el estado de que la Europa habia salido por último; pero las luces que ya existian en los demas países, y hasta en Inglaterra, se opusieron á los adversos efectos de estas vanas contiendas. Harrington, Sidney, etc., indiferentes á las cuestiones teológicas, se esforzaron á dirigir los espiritus hácia los principios de la liber-

tad, y no se malograron enteramente sus esfuerzos para la razon.

Ultimamente la filosofia inglesa, al fin del siglo diez y siete, tomó su verdadero carácter, y le ha sostenido despues de cien años siempre con nuevos triunfos.

La filosofia inglesa es científica, es decir, que sus escritores dedican á las ideas morales la especie de abstraccion, de cálculo y esplanacion de que se sirven los doctos para llegar á los descubrimientos y para esplicarlos.

La filosofia francesa depende mas de los afectos é imaginacion, sin tener por esto ménos profundidad; porque cuando estas dos facultades del hombre van dirigidas por la razon, iluminan su camino, y le ayudan á penetrar mas adelante en el conocimiento del corazon humano.

La religion cristiana, tal como es profesada en Inglaterra, y los principios constitucionales tales como se hallan establecidos, dejan una bastante grande latitud á las investigaciones del pensamiento, tanto en la moral como en la política. Sin embargo los filóso-

fos ingleses, en general, no se proponen á examinarlo todo; y la utilidad, que es el móvil de sus esfuerzos, les veda al mismo tiempo un cierto grado de independencia.

Esplanáron de un modo superior la teoría metafísica de las facultades del hombre; pero conocen y estudian ménos los genios y pasiones. La Bruyere, el cardenal de Retz, Montaigne, no tienen igual en Inglaterra.

En cuantos países reina la tranquilidad con la libertad, se examinan poco unos á otros recíprocamente. Las leyes dirigen las mas de las relaciones de los hombres entre sí; todo dirige los espíritus mas bien hácia las ideas generales que hácia los reparos particulares; pero cuando las sociedades sobresalientes de la corte ó ciudad tienen un gran crédito político, la necesidad de observarlas para triunfar en ellas desencierra un sinnúmero de finos pensamientos; y si, por una parte, hay ménos filosofía en semejante país, los talentos son necesariamente mas capaces de penetracion y sagacidad.

Los Ingleses tratáron la política como una

ciencia meramente intelectual. Hobbes, Ferguson, Locke, etc.; indagan cual fué el primitivo estado de las sociedades, á fin de llegar á conocer cuales son las leyes que conviene instituir para los hombres. Smith, Hume, Shaftesbury, estudian los afectos y genios bajo aspectos casi totalmente metafísicos. Escriben para la instruccion y meditacion; pero no piensan en cautivar el interes al mismo tiempo que solicitan la atencion. Montesquieu parece dar el alma á las ideas, y recuerda á cada renglon la naturaleza moral del hombre en medio de las abstracciones de la mente. Teniendo nuestros escritores franceses siempre presente en su pensamiento el tribunal de la sociedad, tiran á lograr el voto de los lectores que se fatigan fácilmente; quieren enlazar el embeleso de los afectos con la analisis de las ideas; y hacer caminar así simultáneamente un mayor número de verdades.

Los Ingleses adelantáron tanto en las ciencias filosóficas como en la industria comercial, con la ayuda de la paciencia y del tiempo.

La propension de sus filósofos á las abstracciones parecia deber arrastrarlos hácia sistemas que pudieran ser contrarios á la razon; pero el espíritu de cálculo, que regulariza, en su aplicacion, las combinaciones abstractas, la moralidad, que es la mas experimental de todas las ideas humanas, el interes del comercio, y el amor de la libertad, condujéron siempre á los filósofos ingleses á resultados prácticos. ¡Cuántas obras emprendidas para servir útilmente á los hombres, para la educacion de los niños, para el alivio de los desvalidos, para la economía política, legislación criminal, ciencias, moral, metafísica! Cuanta filosofía en las concepciones! cuanto respeto á la experiencia en la eleccion de los medios!

Es necesario atribuir esta emulacion y sabiduría á la libertad. Podia lisonjearse uno tan rara vez en Francia de influir con sus escritos sobre las instituciones de su país, que no se pensaba mas que en mostrar talento aun en las mas serias discusiones. Se llevaba hasta la paradoja un sistema verdadero bajo

algunos aspectos; y no pudiendo tener la razon un efecto útil, se queria á lo ménos que la paradoja fuese lucida. Por otra parte bajo una monarquía absoluta, se podia, como lo hizo Rousseau en el Contrato social, alabar sin peligro la democracia pura; pero ninguno se hubiera atrevido á acercar ideas mas verisímiles. Todo era juego de discurso en Francia, ménos los decretos del consejo del rey; mientras que en Inglaterra, pudiendo obrar cada uno de cualquiera modo sobre las resoluciones de sus representantes, contrae el hábito de comparar el pensamiento con la accion, y se acostumbra al amor del bien público con la esperanza de contribuir á él.

Aquel principio de utilidad, que dió, si puedo espresarme así, tanto cuerpo á la literatura de los Ingleses, retardó sin embargo entre ellos una última perfeccion del arte, que los Franceses consiguieron; es la concision en el estilo. Los mas de los libros ingleses son confusos á puro polijidad. El patriotismo que reina en Inglaterra, infunde una especie de interes de familia en las

cuestiones de una utilidad general; se puede hablar de ellas á los Ingleses tan largamente como de sus negocios particulares; y confiados los autores en esta disposicion, abusan á menudo de la libertad que ella acuerda. Los Ingleses dan á todas sus ideas esplanaciones tan estensas como las de un maestro que habla á sus discipulos; es quizas el mejor medio de ilustrar el total de una nacion; pero el método filosófico no puede adquirir así toda su perfeccion.

Los Franceses harian mejor un libro que los Ingleses, tomándoles sus ideas; las presentarian con mas orden y precision: como suprimen muchos intermedios, sus obras exigen mas atencion para comprenderse; pero la clasificacion de las ideas gana en ello, ya por la rapidez, ya por la rectitud del camino que se hace seguir al espíritu. En Inglaterra, comienza casi siempre la gloria por el voto del vulgo, subiendo despues hacia las clases superiores; y en Francia, bajaba de la primera clase hacia el pueblo. No examino lo que es preferible para la felicidad

nacional; pero el arte de escribir y el método de componer no pueden perfeccionarse en Inglaterra, hasta el grado á que se debia llegar en Francia, cuando los escritores aspiraban siempre y casi esclusivamente al voto de los primeros hombres de su pais.

Se entregan en Inglaterra á los sistemas abstractos y á las investigaciones cuyo objeto es una positiva y práctica utilidad; pero los Ingleses no poseen modelo ninguno de aquella especie intermedia, que reúne en un mismo estilo el pensamiento y elocuencia, la instruccion é interés, la espresion pintoresca y la idea justa; y sus libros no tienen mas que un fin á la vez, la utilidad ó el recreo.

Los Ingleses, en sus poesías, llevan hasta el primer grado la elocuencia del alma; son grandes escritores en verso; sus obras en prosa participan rarísima vez del calor y nervio que se hallan en sus poesías. No presentando los versos sueltos mas que poquísimas dificultades, reservaron los Ingleses para la poesia todo lo que depende de la imaginacion; consideran la prosa como la lengua de

la lógica; y el único objeto de su estilo es hacer comprender los racionios, pero no interesar con espresiones. La lengua inglesa no ha adquirido quizas todavía el grado de perfeccion de que ella es capaz. Habiendo servido ella con mas frecuencia para los negocios que para la literatura, carece todavía de un sinnúmero de visos; y es menester mucha mas finura y correccion en una lengua para escribir bien en prosa que para escribir bien en verso.

Algunos autores ingleses, sin embargo, Bolingbroke, Shaftesbury, Addison, tienen reputacion como buenos escritores en prosa; no obstante esto, su estilo carece de originalidad, y sus imágenes de calor: no va impreso el genio del escritor en su estilo, y el impulso del alma no se da á conocer á sus lectores. Parece que los Ingleses no osan entregarse enteramente, mas que en la inspiracion poética: cuando escriben en prosa, cautiva una especie de pudor sus afectos: y como tímidos y apasionados juntamente, no pueden entregarse á medias. Los Ingleses

se exageran en el mundo ideal de la poesia, pero no usan casi nunca de calor en los escritos relativos á objetos reales. Censuran con verdad á los escritores franceses su egoísmo, su vanidad, el valor que cada uno da á su persona, en un pais en que el interes público no halla lugar ninguno. Pero es cierto sin embargo que para que un autor sea elocuente, es preciso que él espresese sus propios afectos; no su interes, sino su conmocion; no su amor propio, sino su genio, deben animar sus escritos; y el prescindir, escribiendo, de lo que uno mismo experimenta, seria prescindir de lo que el lector experimenta.

No hay en Inglaterra memorias, confesiones, relaciones de sí hechas por uno mismo; la arrogancia genial de los Ingleses se niega á esta especie de particularidades y declaraciones; pero la elocuencia de los escritores pierde á menudo con la muy rígida abnegacion de cuanto parece depender de las afecciones personales.

Aplican en Inglaterra el espíritu del comercio á los principios de la literatura; y

vedan en las obras fundadas todo recurso á la conmocion, quanto pudiera tener el menor influjo imaginable sobre el libre ejercicio del juicio. M^r Burke, el enemigo mas acérrimo de la Francia, tiene, en su obra contra ella, alguna conformidad con la elocuencia francesa; pero aunque él no carece de admiradores en Inglaterra, hay allí gentes harto tentadas de acusar de exageracion tanto su estilo como sus opiniones, y de hallar su modo de escribir incompatible con ideas justas.

Las cartas de Junio son uno de los escritos mas elocuentes de la prosa inglesa. Quizas tambien la principal causa del gusto anejo á esta lectura, es la admiracion con que miramos la libertad de un pais en que se podia impugnar así á los ministros y rey mismo, sin que con ello sufriesen el sosiego y arreglo social, sin que los depositarios de la autoridad pública tuvieran el derecho de eximirse de la mas vehemente espresion de la censura individual.

Los debates parlamentarios son mas ani-

mados que el estilo de los autores en prosa. La necesidad de hablar de repente, el movimiento de los debates, la oposicion, la réplica, excitan un interés, causan una agitación que pueden arrastrar á los oradores: la argumentacion sin embargo es siempre el principal distintivo de los discursos en el parlamento. La elocuencia popular de los antiguos, la de los primeros oradores franceses, producirian mas bien asombro que conviccion en la Cámara de los comunes. Recorramos con rapidez las causas de estas diferencias.

La revolucion inglesa, que debia poner en movimiento todas las pasiones populares, se hizo por las controversias religiosas. La elocuencia pues, en vez de recibir un grande impulso en aquella época, tomó desde entónces, por la naturaleza misma de los objetos que ella trataba, la forma de la argumentacion. Los intereses del erario público y comercio fuéron los primeros objetos de todos los parlamentos de Inglaterra; y siempre que estamos destinados á ventilar con los

hombres sus intereses de cálculo, únicamente el raciocinio logra su confianza. La situación diplomática de la Europa, otro objeto de los debates parlamentarios, exigió siempre, por la importancia misma de sus intereses, una suma circunspección. Los dos partidos en que se dividió el parlamento, no luchaban como los plebeyos y patricios con todas las pasiones del hombre; eran casi siempre algunas rivalidades individuales, contenidas por la ambición misma que las promovía; eran unos debates, en que queriendo dar la oposición un ministro de su partido al rey, guardaba siempre, aun en su resistencia, los necesarios miramientos para lograr este fin. El pundonor pone también necesariamente algunos límites á la vehemencia de los ataques personales. Ultimamente los modernos tienen en general un respeto á las leyes, que debe mudar también necesariamente bajo ciertos aspectos el carácter de su elocuencia. Aunque existian leyes entre los antiguos, la autoridad popular tenia con frecuencia el derecho y voluntad de destruirlo y

volver á crearlo todo. Los modernos estuvieron casi siempre sujetos á comentar el texto de las leyes existentes. Sin negar seguramente los beneficios de semejante estabilidad, se sigue de ello sin embargo que el espíritu de exámen y análisis es mas importante en las actuales asambleas que el don de convencer.

Conviene que la lógica del orador, en vez de estrechar cuerpo á cuerpo al hombre, como Demóstenes, le embista con ciertas armas acordadas, cuyo efecto esmas indirecto. Por otro lado, reduciendo el gobierno representativo necesariamente la esfera de los objetos que se tratan, y el número de aquellos á quienes uno se dirige, la elocuencia de Demóstenes no tendria proporcion con el auditorio y el fin: los testigos contados y conocidos que rodean de cerca á los oradores ingleses, la mesa en que ellos señalan, con un ademan uniforme, la vuelta de los mismos raciocinios, todo les recuerda mas bien un consejo de estado que una asamblea popular; todo debe conducirlos á no servirse

mas que de las armas de la serenidad, la argumentacion ó ironia *.

Muchas de las causas que acabo de esponer, deberian aplicarse igualmente al gobierno representativo de Francia; pero las primeras épocas de la revolucion presentáron á sus oradores diversos asuntos de elocuencia antigua. Mirabeau, y algunos otros despues de él, tienen un talento mas atractivo, mas dramático que el de los Ingleses; se muestra en él ménos el hábito de los negocios, y mucho mas la necesidad de los triunfos intelectuales. Las difusas esplanaciones se tolerarian en todo tiempo mucho ménos en Francia que en Inglaterra. Los oradores ingleses, lo mismo que Ciceron, repiten frecuentemente ideas ya comprendi-

* No estando el orador de la oposicion encargado de la direccion de los negocios, debe mostrar siempre mas elocuencia que el ministro. Tendria uno dificultad ahora en Inglaterra, para declarar entre dos talentos portentosos; sin embargo los impulsos del alma se reunen siempre mas naturalmente con el que no goza de autoridad.

das; vuelven á veces á los impulsos, á los efectos de elocuencia empleados acertadamente ya. En Francia, somos tan zelosos de la admiracion que acordamos, que si el orador quisiera obtenerla dos veces por el mismo afecto, por la misma expresion dichosa, el auditorio le afearia su orgullosa confianza, le negaria una segunda confesion de su talento, y reformaria la primera quizas.

Esta disposicion de ánimo, entre los Franceses, debe llevar muy arriba el verdadero talento; pero arrastra ella á la mediocridad hácia agigantados y ridículos esfuerzos; y á veces fomenta tambien, de un modo funesto, el triunfo de los mas absurdos acertos. Si hubiera necesidad de prolongar un raciocinio, seria mas palpable su falsedad; y si fuera posible refutarle con las formas que sirven para esplanar las verdades elementales, acabarian los mas comunes talentos comprendiendo cual es el objeto de la cuestion. La dialéctica de los Ingleses se presta ménos que la nuestra al buen éxito de los sofismas. El estilo declamador, que favorece tan bien

las ideas falsas, halla rara vez entrada entre los Ingleses; y como estos dan una menor parte á las consideraciones morales en los motivos que ellos esplanan, el sentido positivo de las palabras se aparta ménos del fin, y permite ménos estraviarse.

Estando mucho mas perfeccionada la lengua de la prosa entre los Franceses, lo que hemos tenido, y lo que podrémos tener de hombres realmente elocuentes, removeria mas fácilmente las pasiones humanas; sabrian reunir en un mismo discurso mas talentos diversos. Los Ingleses consideraron el arte de la palabra, como todos los talentos en general, bajo el aspecto de la utilidad; lo cual debe acaecer á todas las naciones, despues de un cierto tiempo de descanso fundado en la libertad.

El descanso de la tiranía surtiria un efecto diametralmente opuesto; dejaria subsistir las activas necesidades del amor propio individual, y solamente infundiria indiferencia para el interes nacional. Es tanta la importancia política de cada ciudadano en un pais

libre, que da él mas valor á lo que le redundá de la felicidad pública, que á todos los beneficios particulares que no sirvieran para la fuerza comun.

CAPITULO XVII.

De la Literatura alemana.*

La literatura alemana no trae su fecha mas que de este siglo. Los Alemanes se habian

* Me es necesario recordar aquí cual es el fin de esta obra. No he intentado hacer una análisis de cuantos libros distinguidos forman una literatura; he querido caracterizar el espíritu general de cada literatura en sus relaciones con la religion, costumbres y gobierno. No he podido sin duda tratar semejante materia, sin citar á muchos escritores y libros; pero presento estos ejemplos en apoyo de mis discursos, y no con la intencion de juzgar y ventilar el mérito de cada autor, como